

## FLAGELACIÓN, ECCE HOMO - NO ME RESISTÍ

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [Google Drive](#) ]

Texto extraído del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Noveno, Cap. XIII) de San Francisco de Sales, en el que el Santo nos invita a reflexionar sobre el ejercicio más excelente que podemos practicar en medio de las penas interiores y exteriores de esta vida, mediante la **INDIFERENCIA y MUERTE A NUESTRA VOLUNTAD**.

Bendecir a Dios y darle las gracias por todos los acontecimientos, que su Providencia ordena, es, en verdad, una ocupación muy santa; pero, cuando dejamos a Dios el cuidado de querer y de hacer lo que le plazca en nosotros, sobre nosotros y de nosotros, sin atender a lo que ocurre, aunque lo sintamos mucho, procurando desviar nuestro corazón y aplicar nuestra atención a la bondad y a la dulzura divina, bendiciéndolas, no en sus efectos ni en los acontecimientos que ordenan, sino en sí mismas y en su propia excelencia, entonces hacemos, sin duda, un ejercicio mucho más eminente.

Mis ojos están siempre fijos en el Señor, porque Él ha de sacar mis pies del lazo. ¿Has caído en las redes de las adversidades? No mires tu desventura ni las redes en las cuales estás prendido; mira a Dios, y déjale hacer, y Él tendrá cuidado de ti. Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y Él te sustentará. ¿Por qué te entrometes en querer o no querer los acontecimientos y los accidentes del mundo, pues no sabes lo que debes querer, y sabiendo que Dios siempre querrá por ti todo cuanto tú puedas querer, sin que tengas que vivir con cuidado? Atiende, pues, con sosiego de espíritu a los efectos del beneplácito divino, y que te baste su querer, pues siempre es bueno. Así lo ordenó Él a Santa Catalina de Sena: “Piensa en Mí —*le dijo*— y Yo pensaré en ti”.

Es muy difícil expresar bien esta indiferencia de la voluntad humana, así reducida y muerta en la voluntad de Dios; porque no hay que decir, al parecer, que ella presta su aquiescencia a la voluntad divina, pues la aquiescencia es un acto del alma que manifiesta su consentimiento. Tampoco hay que decir que la acepta y la recibe, porque el aceptar y el recibir son ciertas acciones, que en alguna manera se pueden llamar pasivas, por las cuales abrazamos y tomamos lo que nos acontece. Asimismo, no hay que decir que permite, porque la permisión es un acto de la voluntad, una especie de querer ocioso, que, verdaderamente, nada quiere hacer, aunque quiere dejar hacer.

Me parece, pues, mejor decir que el alma que está en esta indiferencia y que, en lugar de querer cosa alguna, deja a Dios querer lo que le plazca, mantiene su voluntad en una simple y general espera, porque esperar no es hacer u obrar, sino estar dispuesto a cualquier acontecimiento. Y, si reparáis en ello, veréis que esta espera del alma es verdaderamente voluntaria, y, sin embargo, no es una acción, sino una simple disposición para recibir lo que acaeciere; y, cuando los

acontecimientos han llegado y han sido aceptados, la espera queda transformada en un consentimiento o aquiescencia; pero, antes de que ocurran, el alma permanece en una simple espera, indiferente a todo lo que a la divina voluntad quisiera ordenar.

Nuestro Señor expresa así la extrema sumisión de la voluntad humana a la de su Padre eterno: El Señor Dios —dice— me abrió los oídos, es decir, me dio a conocer su beneplácito acerca de la multitud de trabajos que debo padecer; y Yo —prosigue— no me resistí, no me volví atrás. ¿Qué quiere decir: “y Yo no me resistí, no me volví atrás”, sino: “mi voluntad permanece en una simple espera y dispuesta a todo lo que Dios ordene, por lo cual entrego mis espaldas a los que me azotarán y mis mejillas a los que mesarán mi barba, preparado para todo cuanto quieran hacer de Mí?”.

Mas te ruego, Teótimo, que consideres que, así como nuestro Salvador, después de la oración resignada que hizo en el huerto de los Olivos, y después de su prendimiento, se dejó atar y conducir según el capricho de los que le crucificaron, con un admirable abandono en sus manos de su cuerpo y de su vida, del mismo modo puso su alma y su voluntad, por una indiferencia perfectísima, en manos de su Padre eterno; porque, aunque dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, habló así para darnos a conocer las verdaderas amarguras y penas de su alma, mas no para oponerse a la santa indiferencia, en la cual estaba, como lo demostró enseguida, cerrando toda su vida y su pasión con estas palabras: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

†

*Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios*

**¡Ave María y adelante!**